

Ruiz García, Vicente, **Los pontones de Cádiz. La odisea de los soldados derrotados en la batalla de Bailén (1808-1814)**. Valladolid, Glyphos, 2023; 247 pp. ISBN. 978-8412453321.

Reciente ganador (*ex aequo* con Rafael Torres Sánchez) del Premio Virgen del Carmen 2023 por su estudio sobre los estragos del escorbuto en las tripulaciones de las armadas españolas durante los siglos modernos (*Españoles contra el escorbuto. Empirismo, ciencia y tecnología de los alimentos al servicio de las grandes travesías en la Edad Moderna*, Jaén, Universidad de Jaén, 2023), Vicente Ruiz García, doctor en Historia y profesor de la UNED-Jaén y del Instituto San Juan de la Cruz de Úbeda, presenta en esta obra una investigación profunda y bien documentada sobre el trágico destino de los prisioneros franceses de la batalla de Bailén, acaecida en las afueras de la ciudad jiennense el 19 de julio de 1808. En realidad, se trata de la segunda edición del libro que ya fue publicado en 2013 en la propia ciudad de Bailén por la Asociación Cultural Historiador Jesús de Haro Malpesa, institución que tuvo a bien conceder su premio anual del año 2012 a esta monografía. En aquel momento, la celebración del centenario de la guerra de la Independencia y, sobre todo en ese 2012, de la proclamación de la Constitución de Cádiz, fueron el escenario propicio para la publicación de esta obra, a la que también unió el mismo autor la de otro libro de contenido próximo, bajo el título *Las naves de las Cortes, 1808-1812* (Madrid, Sílex, 2013). Partiendo de aquella primera edición de *Los pontones de Cádiz*, de corta tirada y limitado lanzamiento, el autor, que ha publicado más recientemente títulos como *Los arsenales del rey* (Valladolid, 2017), *La Provincia Marítima de Segura y la Marina de la Ilustración* (Jaén, 2019) o *El navío Oriflame y su tiempo* (Sevilla, 2021), se ha encargado de hacer una revisión en profundidad del texto, al que ha añadido nuevos aportes documentales y algunas ampliaciones de contenidos, a la par que ha incorporado numerosas imágenes (muchas de ellas, fotografías de su propia autoría), además de incluir cartografía procedente de repertorios documentales (planos de situación), y de actualizar la bibliografía con los títulos aparecidos sobre esta cuestión histórica en el transcurso de la última década.

Todas estas aportaciones, ampliaciones y actualizaciones del libro han servido, por supuesto, para optimizar y perfeccionar un texto que presenta una estructura cronológica muy adecuada, partiendo de ese aciago, para los derrotados franceses, día de mediados de julio hasta llegar al final de la guerra de la Independencia y posterior liberación de los prisioneros de la batalla, quienes habían sido repartidos por diferentes puntos de España y posteriormente también de Inglaterra, a donde asimismo llegaron importantes contingentes de soldados y oficiales franceses a partir de 1810. Aunque el título del libro anteponga un antetítulo que fija al lector la relevancia de esos pontones de Cádiz, lo cierto es que, más allá de fijarse solamente en el estudio de estos viejos barcos empleados como cárceles en la bahía gaditana, la obra se centra en los contenidos que se anuncian en el título principal: la dramática existencia posterior de los soldados derrotados en la batalla de Bailén, un «episodio terrible y oscuro que se esconde en las cloacas de la historia» (p. 222), como afirma el autor en su Epílogo.

Pero, en realidad, el empeño que guía la investigación y posterior redacción del texto de este experto en historia naval, como señala en su Prólogo a la segunda edición, es el de refutar la leyenda negra que gira en torno a la actuación española con respecto a estos prisioneros, parte de los cuales dejaron escritos de su puño y letra estremecedores relatos de sus terribles vivencias en los diferentes enclaves en los que permanecieron recluidos durante seis interminables años, entre 1808 y 1814, memorias del horror padecido que han llevado a calificar algunos de estos lugares como de auténticos precedentes de los posteriores campos de concentración nazis. Para dilucidar la verdad o falsedad de estas interpretaciones de cierto sector de la historiografía inglesa y gala, el autor recurre a una importante investigación documental, centrada fundamentalmente en el Archivo Histórico Nacional y el Archivo General de Marina Álvaro de Bazán,

investigación que complementa con el empleo de relevantes fuentes impresas, como las aludidas memorias de los prisioneros publicadas en su mayoría a lo largo del siglo XIX, o la fundamental prensa histórica del momento, las primeras gacetas nacionales, a lo que une el manejo de una importante bibliografía, recogida al final del volumen. Y ya desde este mismo Prólogo, nos advierte Ruiz García de que los datos que ha recopilado «matizan y, en parte, desmienten la versión negativa que ha ofrecido tradicionalmente la historiografía francesa y anglosajona sobre este oscuro episodio de la guerra de la Independencia española» (p. 14).

El contenido del libro se articula en ocho capítulos principales de semejante extensión, precedidos por una Introducción y culminados por el mencionado Epílogo. En su clarificadora Introducción, el autor perfila un necesario y bien trazado contexto histórico de los hechos precedentes, contraponiendo la batalla de Trafalgar, el 21 de octubre de 1805, derrota española y francesa frente a la armada inglesa, a la victoria de los españoles contra los franceses en la bahía de Cádiz y posterior rendición del almirante Rosily, el 14 de junio de 1808, tras lo que presenta las circunstancias y resultados de la batalla de Bailén. Esta derrota francesa supone la confirmación del fracaso de la operación de rescate en la que el general Dupont debía recuperar los restos de la escuadra francesa superviviente de Trafalgar y la aparición de un contingente de varios miles de soldados y oficiales cautivos que a partir de entonces iniciarán un dramático periplo por tierras y mares españoles. Un tétrico peregrinaje del que aún en nuestros días conocemos solo algunos aspectos y episodios, y no siempre analizados con objetividad, siendo, a su juicio, necesario resolver las lagunas pendientes a la luz de nueva documentación archivística, como única fórmula para poder trazar un panorama completo y complejo de todo el episodio del cautiverio, de principio a fin, más allá de los episodios tradicionalmente más conocidos y citados.

Para ello, comienza por analizar las capitulaciones firmadas pocos días después de la batalla en la Casa de Postas de Andújar, en un acuerdo que considera fue ventajoso para los vencidos y propio de la caballerosidad de la guerra del siglo XVIII, y que consistía en llevar a los prisioneros a Cádiz, donde embarcarían en dirección al puerto francés de Roche-Fort, algo que finalmente no se cumpliría. Ruiz García, siguiendo al historiador británico Dennis Smith, considera que los acuerdos de Andújar no los rompió ni incumplió España, sino más bien Inglaterra, que no iba a permitir salir de la bahía gaditana a ningún buque con repatriados franceses ante la posibilidad de que estos volvieran poco después a tomar las armas contra ellos o contra alguno de sus aliados. En realidad, Inglaterra no estaba obligada a cumplir estas capitulaciones, pues los franceses no se habían rendido ante Inglaterra sino ante España y, cuando se firmaron estos acuerdos, España y Reino Unido aún no habían signado su propio tratado de amistad y alianza, por lo que lo acordado con Francia no era vinculante para los ingleses. Sin poder establecer con seguridad si fue una propuesta del gobierno inglés, lo cierto es que estos miles de prisioneros, tras un cruel traslado por tierras andaluzas hasta la costa gaditana, con ataques reiterados de las poblaciones españolas por las que transitaban, fueron embarcados, junto con los prisioneros franceses de la escuadra de Rosily, en navíos y fragatas de guerra desarmados y fuera de servicio que Ruiz García bien conoce, trazando la historia de bastantes de ellos desde los inicios de su construcción en diferentes arsenales españoles y franceses hasta llegar a este triste destino. Son ellos los pontones de Cádiz del antetítulo del libro, donde estos franceses cautivos quedaron encerrados en insalubres condiciones, padeciendo durante largos meses hacinamiento y desnutrición, además de falta de vigilancia y cuidados por parte de las autoridades portuarias. En esta penosa situación, diezmados por las enfermedades contagiosas que provocaban una elevada mortandad diaria, la solución articulada al cabo de varios meses de dudas e incongruencias fue la de un traslado masivo a determinados puntos de las islas Baleares y de las Canarias en sendos convoyes en los primeros meses de 1809, viviendo en uno y otro destino circunstancias bien dispares. Para los prisioneros que llegaron a las Baleares, se estableció que los

oficiales fueran recluidos con ciertas garantías en el castillo de Bellver de Palma de Mallorca, mientras que la inmensa mayoría de los soldados, ante el miedo de las autoridades mallorquinas de que pudieran propagar enfermedades entre la población y, sobre todo, por la decisión del almirante inglés Collingwood de impedir su canje por prisioneros españoles en Cataluña, acabaron por sufrir un trágico cautiverio de cinco años en la inhóspita isla de Cabrera, prácticamente abandonados a su suerte, donde afirma el autor que llegaron a morir más de mil prisioneros en los primeros catorce meses de aislamiento. Por el contrario, en las Canarias, islas que ya habían sido empleadas como presidio durante la guerra de la Convención y también tras la rendición de Rosily en junio de 1808, los franceses tuvieron más opciones de supervivencia, al permitírseles incluso realizar algunos trabajos remunerados para los vecinos de Tenerife, lo que les supuso tener cierta *libertad*.

Pero ambos traslados no finalizaron la pervivencia de pontones en la bahía de Cádiz, pues seguían presentes cuando, en enero de 1810, el avance de la guerra obligó a la Junta Suprema Central a trasladarse desde Sevilla a la Real Isla de León y Cádiz, lo que hizo necesario el cambio de posición los propios pontones por razones de seguridad. El libro nos regresa de nuevo a Cádiz en este punto de la guerra para analizar el estado de estos pontones atestados de prisioneros franceses que seguían llegando procedentes de los pueblos del interior de la Península a lo largo de 1810, mientras la ciudad se veía cercada por las tropas napoleónicas. Aunque ya se estaban realizando envíos de prisioneros a Inglaterra, como los del navío *Asia*, diez días después de cuya partida de Cádiz abrieron las sesiones de las Cortes Generales Extraordinarias. Ruiz García no deja de incidir en la tremenda metáfora de estos barcos prisión en los que vivían tantos cautivos en terribles condiciones cuando a pocos metros se proclamaba el triunfo de la libertad, la misma por la que también afirmaban luchar y morir los soldados de Napoleón. Aquí se enmarca el decisivo cambio de postura inglés ante la necesidad de desalojar los pontones de la bahía por el asedio gaditano y porque estaban a punto de hundirse de lo atiborrados que se hallaban. En consecuencia, Inglaterra aceptó finalmente que llegasen a sus tierras la mitad de los prisioneros, si España podía trasladarlos a las islas británicas en navíos de línea. Esta decisión cambió las condiciones de estos franceses cautivos, que a partir de entonces sumaron un nuevo posible destino a sus tristes andanzas: la prisión de Porchester, en la bahía de Portsmouth. El análisis de los últimos años de la guerra, con un progresivo mayor número de franceses optando por luchar del lado del bando español para poder salir de su cautiverio, la Junta de Mallorca negándose a desembarcar más prisioneros en Cabrera y la proclamación de la Constitución el 19 de marzo de 1812, ya sin pontones en Cádiz, nos llevan a la derrota de Napoleón en 1814 y el inicio de la libertad para estos prisioneros franceses, empezando por los que estaban en Inglaterra, y siguiendo por la anhelada llegada de la Marina Real francesa a la Cabrera, cuya primera visión por los moribundos soldados galos es una de las imágenes más conmovedoras de entre las muchas que traza el autor a lo largo de todo su libro.

En su Epílogo, Ruiz García constata que también hay que reseñar los casos de aquellos soldados franceses que consiguieron rehacer sus vidas en tierras españolas, casando con nativas, o alistándose en el ejército español, muchos de ellos sentando plaza en el Regimiento de Málaga, siendo destinados como guarnición en Melilla. No está de acuerdo con que se pueda hablar de campo de concentración para el caso de Cabrera, pues «ni se deseó ni se organizó en ningún momento un aniquilamiento del vencido» (p. 220), al tiempo que centra en la actitud inglesa buena parte de la responsabilidad de lo ocurrido en esta isla, al no permitir el canje de prisioneros españoles en Cataluña, como también plantea como totalmente decisiva la postura inglesa cuando incumplió las capitulaciones de Andújar o cuando finalmente accedió a que llegaran a sus tierras prisioneros procedentes de los pontones de Cádiz. Por todo ello, se reafirma en la idea que ya había planteado en su Prólogo de que, además de España, también Inglaterra y

la propia Francia tuvieron gran parte de la responsabilidad en la odisea sufrida por los soldados derrotados en la batalla de Bailén.

El volumen se cierra con cinco interesantes anexos en los que se transcriben listados de los prisioneros de guerra del general Dupont a fecha 30 de julio de 1808, de los buques del convoy de Baleares de 4 de abril de 1809, una relación de los soldados destinados a Canarias y otra de los llevados a la prisión de Porchester y, finalmente, otra de los soldados documentados que fueron confinados en las Baleares, listados y relaciones elaborados por el autor a partir de las diversas fuentes manejadas, archivísticas e impresas. Junto a estos anexos, el volumen se nutre de un abundante aparato gráfico que, con elaborados pies de foto, contribuye a hacer más valiosos los contenidos de un libro bien documentado y estructurado, de sencilla comprensión para un público general, que cumple con creces su cometido de arrojar luz sobre algunas de las lagunas que aún permanecen presentes en relación con uno de los episodios más controvertidos de la guerra de la Independencia, sobre todo porque es capaz de plantear y abordar con datos archivísticos el relato completo de la odisea de estos vencidos, de principio a fin.

Beatriz Alonso Acero

CEHISMI